

El Mensajero de María Reina de los Corazones

Bajo la protección de la Virgen

AUN a trueque de que se nos tilde de impertinentes, que-remos no abandonar el tema, ya manoseado, de la angustiada situación porque estamos atravesando. Es tan grave la enfermedad que padecemos, que nunca se ponderará suficientemente, para que, estimulados ante semejante laceria, nos movamos a poner cuantos medios estén a nuestro alcance, hasta que nos sea dado gozar de la tan suspirada tranquilidad.

Las heridas no cesan de producirse. Con una desconcertante persistencia, el enemigo esgrime a cada momento sus armas, para acabar, si le fuera posible, con nuestra fe. Pero esto ¿a qué recordarlo? Ni de los golpes recibidos ni de las lamentables consecuencias de estos golpes hemos de ocuparnos. Aunque sintamos el dolor de las heridas y nos agobie el derramamiento de tanta sangre, vemos en todo ello la mano de Dios que va dirigiendo los acontecimientos a la infalible realización de sus inexcrutables designios. Y la besamos reverentes, porque así va amputando y saneando y purificando, para que, al final, brillen más esplendorosos los rayos de la verdad triunfante.

Lo que de verdad nos acobarda y llena de pesimismo el corazón es notar la falta de orientación en que todavía nos encontramos. A estas alturas ya debíamos los católicos habernos aprovechado de las lecciones recibidas, y, dejando aparte opiniones particulares y razones partidistas más o menos atendibles, habernos congregado a la voz del Pastor, y en torno de él, formando un solo cuerpo, emprender la defensa de nuestros ideales religiosos tan brutalmente lesionados. En verdad se está ahora de